

# ¡Ha resucitado!

## (Marcos 16.1-20)

Joe Schubert

Si la Biblia tuviera menos relatos sobre milagros, sería un poco más fácil hacer que la gente la creyera. Obviamente, una narración sin ningún milagro es más fácil de creer y de aceptar que una que contenga milagros.

El más grande de todos los milagros que recoge la Biblia es el de la resurrección de Jesús. Es *el* milagro de la fe cristiana, el milagro sobre el cual se estableció la iglesia de nuestro Señor. Fue el milagro que autenticó todas las demás afirmaciones que Jesús hizo. Fue el sello imperial de Dios mismo en la vida, obras y enseñanzas de Jesús de Nazaret. Si podemos aceptar el milagro de la resurrección de Jesús, entonces podemos aceptar todos los milagros que Mateo, Marcos, Lucas y Juan afirman que fueron hechos durante el ministerio terrenal de Jesús. Si se rechaza el milagro de la resurrección, el resto del mensaje del Nuevo Testamento queda vacío de significado y de sentido.

### I. EL SEPULCRO VACÍO (16.1-8)

La realidad del sepulcro vacío ha sido motivo de polémica para todos los escépticos. Ningún escéptico ha podido explicarlo. Hace algunos años, el rabino Schonfield, en su obra titulada *La conspiración de la Pascua*, se propuso abordar los eventos de la crucifixión y de la resurrección de Cristo, desde el punto de vista de uno que no acepta la resurrección. La explicación que dio Schonfield se sustentó en la antigua mentira que los soldados romanos hicieron circular en el sentido de que los discípulos de Jesús robaron el cuerpo. Es en esta dirección que ha ido todo esfuerzo serio por explicar el sepulcro vacío, durante unos veinte siglos. Sin embargo, nadie ha podido explicar jamás cómo pudieron haber robado los discípulos el cuerpo de Jesús.

Aun si los discípulos pudieran haberlo hecho, no lo habrían hecho. Cuando Jesús fue clavado en

aquella cruz, las esperanzas e ilusiones de los apóstoles murieron con Él. Cuando los discípulos oyeron por primera vez la noticia de que Jesús había sido levantado del sepulcro, ellos no lo creyeron. Aunque Jesús había profetizado repetidamente que él sería levantado, nunca lo entendieron. Lo último en que los apóstoles estaban pensando, era en la resurrección. ¿Qué posible razón podrían haber tenido para robar Su cuerpo?

Aun si hubieran deseado robar el cuerpo, no lo hubieran podido hacer. Se habían apostado guardas romanos a la entrada del sepulcro para impedir el acceso de cualquiera que quisiera alterar el contenido de éste. Sellaba la entrada del sepulcro una gran piedra que pesaba casi quinientos kilogramos. ¿Habrían estado dispuestos a morir estos apóstoles, afirmando que Jesucristo era en efecto el Señor resucitado, si ello hubiera sido una mentira? El creer que todos estos hombres habrían dado su propia sangre por algo que sabían que era una mentira equivale a pedirme que acepte una explicación más difícil de creer que la que la misma Biblia da.

Otros han insinuado que los enemigos de Jesús vinieron y se llevaron el cuerpo. ¿Qué posible motivo pudieron haber tenido para hacer tal cosa? Eso es lo último que hubieran querido que se hiciera. Ellos no deseaban que ocurriera nada que pudiera insinuar que Jesús había resucitado. Además, cuando los apóstoles comenzaron a predicar el hecho de la resurrección de Jesús, no hay duda de que los enemigos de Jesús hubieran presentado el cuerpo, si lo hubieran tenido. Lo hubieran exhibido y hubieran dicho: «Aquí está el cuerpo de vuestro presunto Mesías resucitado». El hecho de que no lo presentaron es prueba concreta de que no lo tenían.

Sólo hay una explicación razonable para el sepulcro vacío. El ángel les dio esta explicación a

las mujeres que vinieron al sepulcro aquel domingo por la mañana. Les dijo: «No os asustéis; buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado, no está aquí» (Marcos 16.6). Los que vivimos hoy día jamás hubiéramos oído de la resurrección si en efecto no hubiera sido levantado del sepulcro. Las mujeres que vinieron primero al sepulcro aquel domingo por la mañana con el fin de ungir el cuerpo no esperaban la resurrección. Los apóstoles no sólo no la esperaban, sino que no creyeron en ella cuando las primeras noticias llegaron de personas que habían visto a Jesús después de la resurrección.

Hasta ahora la mejor prueba de la resurrección de Jesús es la existencia de la iglesia de nuestro Señor. Nada, excepto el evangelio, pudo haber cambiado a hombres y mujeres de tal modo que habiendo estado tristes y desanimados ahora irradiaban gozo y ánimo. La resurrección es la verdad central de la fe cristiana.

## II. EL TESTIMONIO CORROBORATIVO (16.9–14)

El mismo ángel que les dijo a las mujeres que Jesús había sido levantado del sepulcro les dijo algo más: «Pronto lo veréis». Los versículos con que termina el evangelio de Marcos dan cuenta de varias apariciones que hizo nuestro Señor después de la resurrección.

Habiendo, pues, resucitado Jesús por la mañana, el primer día de la semana, apareció primeramente a María Magdalena, de quien había echado siete demonios. Yendo ella, lo hizo saber a los que habían estado con él, que estaban tristes y llorando. Ellos, cuando oyeron que vivía, y que había sido visto por ella, no lo creyeron.

Pero después apareció en otra forma a dos de ellos que iban de camino, yendo al campo. Ellos fueron y lo hicieron saber a los otros; y ni aun a ellos creyeron.

Finalmente se apareció a los once mismos, estando ellos sentados a la mesa, y les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado (vers.<sup>os</sup> 9–14).

Muchas de las versiones de la Biblia ponen en una sección separada del cuerpo principal del texto de Marcos los últimos doce versículos, los versículos del 9 al 20. Puede que esta separación se indique con un renglón en blanco entre los versículos 8 y 9. Puede que haya una línea recta o que, incluso, se ubique ese tramo en los pies de página de la versión. Lo anterior sucede porque muchos eruditos bíblicos ponen en duda que los

últimos doce versículos hayan formado parte del texto original que Marcos escribió. Es cierto que los mejores manuscritos griegos del Nuevo Testamento no contienen los últimos doce versículos de Marcos. Pero también es cierto que una abrumadora mayoría de manuscritos griegos existentes hoy día sí contienen estos versículos. También es cierto que dos de los padres de la iglesia más antiguos, que escribieron a comienzos del siglo II, hicieron referencia a estos versículos, dando a entender que estaban familiarizados con ellos y que los consideraban parte del evangelio de Marcos. Así, la iglesia primitiva, por lo menos a comienzos del siglo II, aceptaba los últimos doce versículos como parte integrante del evangelio de Marcos. Por lo tanto, nosotros también los aceptamos hoy día al no haber un problema verdaderamente serio que lo impida.

Marcos expresa lo siguiente: «Apareció primeramente a María Magdalena, de quien había echado siete demonios». Unos versículos más arriba Marcos había contado cómo las mujeres, incluida María Magdalena, habían venido al sepulcro muy de mañana. Cuando llegaron al sepulcro al alba y encontraron que había sido quitada la piedra que estaba a la entrada de éste, vieron un ángel. El ángel les dijo a las mujeres lo que había sucedido: «Ha resucitado», les dijo. Pero las mujeres no vieron a Cristo en ese momento. María Magdalena, según el relato de Juan, fue delante de las demás mujeres. Cuando vio el sepulcro vacío, ella se devolvió de inmediato, dejó el grupo de mujeres, y se fue a dar aviso a Pedro y a Juan acerca del sepulcro vacío. No oyó la explicación del ángel. Las otras mujeres se quedaron a la entrada del sepulcro y vieron y oyeron al ángel. María Magdalena no sabía que Jesús había sido levantado del sepulcro.

Juan 20 nos habla de la conversación que tuvo Jesús con María Magdalena un poco más adelante ese primer día de la semana. Así se lee en los versículos 1 y 2:

El primer día de la semana, María Magdalena fue de mañana, siendo aún oscuro, al sepulcro; y vio quitada la piedra del sepulcro. Entonces corrió, y fue a Simón Pedro y al otro discípulo, aquel al que amaba Jesús, y les dijo: Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto.

Juan pasa después a contarnos que apenas oyó las noticias de María, él y Pedro corrieron hacia el sepulcro. Juan llegó primero. Entró y vio los lienzos de sepultura. Vio el sudario con que se envolvió la cabeza de Jesús, lo vio enrollado y puesto aparte.

Pero ni las mujeres, ni Pedro, ni Juan habían visto hasta ese momento a Jesús.

Juan 20 recoge la aparición de Jesús a María Magdalena. Cuenta el relato en Juan 20.10–18:

Y volvieron los discípulos a los suyos.

Pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro; y mientras lloraba, se inclinó para mirar dentro del sepulcro; y vio a dos ángeles con vestiduras blancas, que estaban sentados el uno a la cabecera, y el otro a los pies, donde el cuerpo de Jesús había sido puesto. Y le dijeron: Mujer, ¿por qué lloras? Les dijo: Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto. Cuando había dicho esto, se volvió, y vio a Jesús que estaba allí; mas no sabía que era Jesús. Jesús le dijo: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, pensando que era el hortelano, le dijo: Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré. Jesús le dijo: ¡María! Volviéndose ella, le dijo: ¡Raboni! (que quiere decir, Maestro). Jesús le dijo: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios. Fue entonces María Magdalena para dar a los discípulos las nuevas de que había visto al Señor, y que él le había dicho estas cosas.

¿Por qué le prohibió Jesús a María Magdalena tocar Su cuerpo físico en esta primera aparición? Más adelante permitió que Tomás lo tocara cuando le dijo: «Siente la huella de la espada en mi costado y la huella de los clavos en mis manos». Sin embargo, aquí dice Él: «María Magdalena, no Me toques. No te aferres a Mí. Aún no he subido a mi Padre». ¿Cómo reconciliamos las dos ocasiones —una en la que Tomás le toca y la otra en la que Jesús le prohíbe a María Magdalena tocarle? La respuesta reside en el verbo griego que se usa en este pasaje. La NVI traduce esta expresión por: «No me sujetes». En otras versiones se traduce por: «No me toques». Está en modo imperativo y en tiempo presente. Esto significa que cuando se usa como prohibición tiene el significado de: «Deja de estar sujetándome» o «No sigas tocándome». La traducción que hace la New English Bible de este versículo capta muy bien el anterior significado, pues en ella se lee así: «No te agarres de mí». Esa versión hace la siguiente nota al pie de página: «No me toques más». La idea que da a entender es esta: «Deja de hacer lo que estás haciendo en este momento». No hay duda de que María ya lo había abrazado con gozo por verlo vivo otra vez. Para ella, lo que en realidad Él le estaba diciendo era esto: «Ya no nos demoremos más tú y Yo, María. No continúes agarrándote de Mí. No sigas tocándome. Habrá otros momentos en los que Me

verás. En este momento es necesario que vayas y les digas a los demás discípulos que Me has visto. Pronto ascenderé a Mi Padre». Esta fue la primera aparición del Señor resucitado a un discípulo. Marcos dice sencillamente en Marcos 16.9: «Apareció primeramente a María Magdalena». Cuando ella les dijo a los demás discípulos que Jesús estaba vivo y que ella lo había visto él, no le creyeron.

La segunda aparición, según Marcos, se encuentra en los versículos 12 y 13:

Pero después apareció en otra forma a dos de ellos que iban de camino, yendo al campo. Ellos fueron y lo hicieron saber a los otros; y ni aun a ellos creyeron.

Esta aparición de Jesús a dos discípulos cuyo nombre no se menciona, en el camino, se cuenta con mayor detalle en el relato paralelo de Lucas 24. Lucas nos dice que estos discípulos estaban andando los diecisiete o dieciocho kilómetros que llevaban a la aldea de Emaús. Jesús se les apareció de una forma que Marcos describe como diferente. Aparentemente, Jesús les ocultó su identidad para que no lo reconocieran al principio. Mientras andaban por el camino, entablaron una larga conversación. No es por medio de Marcos que sabemos esto, sino que por medio de Lucas, quien nos cuenta que Jesús habló con estos dos discípulos acerca de Moisés y de los profetas, y les recordó todas las afirmaciones veterotestamentarias que hablan de la venida del Mesías. Pero, como Lucas también nos dice, estos dos discípulos cuyo nombre no se menciona no reconocieron quién era el invitado de ellos, sino hasta más adelante ese día, cuando se sentó a la mesa con ellos a comer y vieron Sus manos cuando partía el pan en el momento de la cena. En ese momento se dieron cuenta que el invitado de ellos era el Señor crucificado y resucitado. Después Jesús desapareció. Los dos discípulos volvieron de inmediato a Jerusalén y les contaron a los once apóstoles lo que habían visto. Pero, como Marcos dice, los once no les creyeron.

Lucas nos explica cómo los apóstoles podían creer y no creer a un mismo tiempo. En Lucas 24.41 dice que más adelante, cuando Jesús mismo se les apareció físicamente a los apóstoles, ellos todavía no creyeron por el gozo y el asombro. Les estaba costando creer porque parecía demasiado bueno para ser verdad.

Marcos recalca el clima de continua y obstinada incredulidad que imperaba entre los apóstoles después de la resurrección. Les estaba costando

aceptar la maravillosa verdad en el sentido de que Aquel a quien habían visto crucificado, con sus propios ojos, estaba ahora vivo y entre ellos otra vez. Una verdad significativa es que Jesús esperaba que los once creyeran en Su resurrección antes de que en realidad lo vieran después de ella. Esperaba que creyeran los informes de testigos que les habían dicho a los apóstoles: «Lo hemos visto». Tales testigos eran personas dignas de crédito. Les estaban diciendo a los discípulos lo que ellos mismos habían experimentado y visto. Debido a que Jesús esperaba que ellos aceptaran los testimonios de los testigos, los reprendió porque habían rehusado creer a los que le habían visto. En Marcos 16.14, dice Marcos:

Finalmente se apareció a los once mismos, estando ellos sentados a la mesa, y les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado.

### III. LAS BUENAS NUEVAS (16.15–20)

Después de reprender a los discípulos, Jesús les dio un mandamiento. Les dijo en los versículos 15 y 16: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado». A estos versículos se les ha llamado, acertadamente, la Gran Comisión. En estos versículos, a los apóstoles se les dio una comisión que no habían recibido antes. Jesús les dio la autoridad para ir a predicar el evangelio al mundo y a revelarles a los hombres y a las mujeres las condiciones de la salvación. Debían ir por todo el mundo a predicar el evangelio a toda criatura. En una traducción literal del griego se lee: «Cuando vayan por todo el mundo, prediquen la buena nueva a toda criatura». El Señor dio por sentado que los discípulos se esparcirían por todo el mundo. Les pidió que predicaran el evangelio a todo lugar que fueran.

La buena nueva, el evangelio que habían de predicar, era claramente la muerte y la resurrección de Jesús. La buena nueva es que Jesús vino al mundo, murió y se levantó otra vez. El resultado de estos eventos es buena nueva, porque en la muerte de Jesús de Nazaret, tenemos la solución para el problema fundamental de la humanidad: el pecado. En la muerte y resurrección de Jesús, nuestros pecados pueden ser perdonados.

Si la manera de pensar de alguna persona se rebela contra la idea de poner el bautismo en tal relación con la salvación y con el perdón de pecados, recuerde que es en esa relación que precisamente

la puso Jesús. Si alguno se siente tentado a decir: «Es cierto, el que es bautizado será salvo, pero también es cierto que el que cree y no es bautizado también es salvo», yo le preguntaría: «¿Por qué no terminó Jesús esta parte formal de Su comisión diciendo: “El que creyere y fuere bautizado será salvo. Y el que no fuere bautizado también será salvo”?». No, lo que Jesús dijo fue esto: «El que creyere y fuere bautizado, será salvo». Si no se predica ese mensaje, no se predica el evangelio. Es la esencia de la respuesta del hombre al evangelio. El camino de la salvación es hoy día exactamente el mismo que fue en el siglo I.

El Señor pasó a darles a los apóstoles ciertas señales, señales que los acompañarían y animarían en sus prédicas. En los versículos 17 y 18 se lee:

Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán.

Note con sumo cuidado las palabras con que se expresa la promesa. Estas señales no seguirán a todo creyente por el tiempo que el mundo exista. Eso no es lo que se está prometiendo. Tales señales siguieron a los creyentes del siglo I cuando el evangelio fue predicado, cumpliendo totalmente lo que Cristo prometió. Ellas fueron las señales de autenticación que acompañaron a los que al principio fueron con el mensaje del evangelio a un mundo incrédulo y hostil. Esta interpretación es confirmada por el párrafo final del evangelio de Marcos. Dice él en el versículo 19:

Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios. Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían.

Así, se le dio autenticación al ministerio de ellos, y ánimo a la fe de ellos. Marcos concluye su evangelio diciendo que Jesús de Nazaret reina en los cielos a la diestra de Dios como el Señor viviente que es de Su pueblo.

### CONCLUSIÓN

El relato de la resurrección de Jesús es mucho más que el final de una novela. Con ella se reivindica totalmente la identidad de Cristo. Pablo lo expresa sucintamente en Romanos 1.3–4:

[...] Acerca de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, que

fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos [...]

Así, el capítulo final de Marcos le da color a todo lo que sucedió anteriormente. Por medio de la resurrección se ha demostrado que Jesús es Dios. Él es Señor. Como Señor que es, Él llama a los hombres y a las mujeres en todo lugar a seguirlo y a continuar Su obra en la Palabra. Escribe Juan: «[...] Pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo» (1<sup>era</sup> Juan 2.5-6).

Hace un siglo fueron escritas estas hermosas palabras con las cuales se le rinde homenaje a Jesús:

He aquí un niño que nació en un humilde pesebre, hijo de una campesina. Creció en una recóndita aldea. Trabajó en un taller de carpintería hasta los treinta años de edad. Y durante tres años fue predicador itinerante. No escribió un solo libro. No ocupó cargo alguno. No se educó en una universidad. No poseyó una casa. No formó una familia. No se alejó más de trescientos veinte kilómetros del lugar donde nació. No hizo ninguna de las cosas que por lo general van emparejadas con la grandeza.

No tuvo credenciales excepto él mismo. No tuvo nada que ver con este mundo excepto el poder divino de su condición de hombre. Siendo todavía joven, la corriente de la opinión popular se tornó en contra suya. Sus amigos lo abandonaron. Uno de ellos lo negó. Fue entregado en mano de sus enemigos. Fue sometido a un juicio que era una farsa. Fue clavado en una cruz. Mientras moría, sus verdugos echaron suertes para ver quién se quedaba con la única posesión que tuvo en este mundo: su capa. Cuando murió, fue quitado de la cruz y puesto en un sepulcro prestado, por un amigo que le tuvo lástima.

Diecinueve siglos han pasado. Él es hoy día la figura central de la especie humana, y el que marcha a la vanguardia de la columna del progreso. No estaría exagerando si dijera que poniendo juntos todos los ejércitos que jamás marcharon, todas las armadas que jamás se construyeron, todos los parlamentos que jamás sesionaron y todos los soberanos que jamás reinaron, ellos no han afectado las vidas de los hombres sobre esta tierra tan poderosamente como esa solitaria vida lo ha hecho.

Puede que usted tenga necesidad de entregarle su vida a Jesús. Si tiene necesidad de confesar que Él es el Hijo de Dios y de unirse con Él en el bautismo para lavar todos los pecados de su vida pasada, no espere. Hágalo Señor de su vida.

©Copyright 2003, 2006 por La Verdad para Hoy  
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS